

Arqueología de los cuartos útiles: espacios interiores y artefactos cotidianos

Resumen

A través de una metodología de tipo cualitativa y de naturaleza interpretativa se estudia la cultura material y la cultura simbólica de diez cuartos útiles pertenecientes a conjuntos residenciales de Medellín-Colombia. Haciendo uso de los recursos que ofrece el principio arqueológico de la estratigrafía que utiliza tanto el plano vertical como las relaciones horizontales de los restos materiales, se traza un puente de sentido entre los objetos acumulados y los espacios periféricos del hogar destinados al bodegaje. Los resultados destacan patrones de comportamiento que surgen a partir de la reducción espacial del hogar contemporáneo y de la acumulación de objetos fruto de las crecientes dinámicas del consumo.

Augusto Solórzano Ariza
Doctor en Filosofía
Profesor Universidad Nacional
de Colombia, Medellín.
Correo electrónico:
portalsolorzano@gmail.com
● orcid.org/0000-0001-8350-7680
Google Scholar

Daniel Grisales Betancur
Antropólogo. Investigador
independiente.
Correo electrónico:
alucardbt@hotmail.es
● orcid.org/0000-0002-0740-4839
Google Scholar

Recibido: Enero 23 de 2017

Aprobado: Marzo 3 de 2017

Palabras clave:
artefactos cotidianos, cuartos
útiles, cultura material,
dinámicas del consumo, habitar



Archaeology of utility rooms: inner spaces and daily life artifacts

Abstract

Using a qualitative methodology of interpretative nature, the material and symbolic culture of ten utility rooms belonging to residential units from Medellin-Colombia have been studied. Making use of resources offered by the archaeological principle of stratigraphy which uses both, the vertical and the horizontal relationship between the material remains, a bridge of meaning is built between the accumulated objects and the peripheral spaces of the house destined to storage. The results highlight behavior patterns emerging from the spatial reduction of contemporary homes and the accumulation of objects result of the increasing consumption dynamics.

Key words:

Daily devices, utility rooms,
material culture, consumption
dynamics, dwell

Introducción

Teniendo como telón de fondo las informaciones epistemológicas y metodológicas que la cultura material ofrece para las distintas disciplinas de las ciencias humanas y sociales, los cuartos útiles son un escenario perfecto para plantear una constelación de relaciones que surgen entre la arqueología y la sociología, relaciones que por demás, al tener como foco de investigación una comunidad lingüística viva, permiten ampliar el horizonte comprensivo de la arqueología y ahondar en los detalles que subyacen entre la cultura material y las nociones organizativas de las que se vale el hombre de hoy, las cuales dependen de una minuciosa planificación del espacio de la vivienda. Al mismo tiempo, la realidad material de estos pequeños e insignificantes espacios que surgen en los conjuntos residenciales modernos y que son la tabla de salvavidas para guardar todo tipo de enseres, cachivaches, muebles y trastes, reflejan por excelencia las formas materiales de la cultura del hombre contemporáneo, así como el conjunto de hábitos relacionados con el uso, la acumulación y el consumo, actividad que ocupa hoy el epicentro del proceso de la reproducción social. En definitiva, se trata de restaurar un puente entre la cultura material y la cultura simbólica, teniendo como base el mundo cotidiano, canal cultural en el que, al complementarse los objetos unos a otros (mesa-computador, teléfono-estante, lavadora-forro), existe una sobre multiplicación de posibilidades para elegir los artefactos cotidianos, y de allí, una inminente acumulación. Por tratarse de un interés generalizado, que da cuenta de ciertas condiciones socioeconómicas y que referencia las dinámicas de organización espacial y material, es acertado señalar la manera en que la acumulación de objetos guardados en los cuartos útiles ofrece informaciones sobre la causalidad presente en los hechos culturales, así como en los sistemas simbólicos e ideológicos que identifican a la sociedad de consumo.

Esta segunda etapa del estudio que acoge principios arqueológicos para analizar un espacio segregado del hábitat contemporáneo, somete a escrutinio las relaciones entre la cultura material, las formas de producción y apropiación objetual y la manera en que la vivienda horizontal descompacta el espacio del hogar. En este sentido, el experimento arqueológico aplicado aquí, opera como un eje transversal para el abordaje comprensivo de los objetos acumulados y el espacio marginado de la vivienda, horizontes que generalmente son analizados independientemente y del que se omiten sus correlaciones, tal vez porque equivocadamente se sigue defendiendo una *doxa* profesional que impide que el diálogo entre diseño y arquitectura, entre cultura material y formas del habitar universalizadas transforme sus mensajes en estímulos efectivos mediatizados por la recepción y la atribución de sentido de quienes construyen el espacio antropológico haciendo uso de los objetos.

El espacio de la casa, el apartamento y los cuartos útiles

Esta investigación es un apéndice de un interrogante mayor que gira en torno a la pregunta por la cultura material, por la poética de los objetos que permanecen archivados en una especie de purgatorio, y por el conjunto de cosas que son significativas en tanto se guardan con recelo, pero que dejan atrás la función primaria de cualquier objeto que es la de comunicar. Por tal razón, antes de entrar en los detalles de la situación arqueológica conviene resaltar que, en esencia, un cuarto útil es un lugar que alberga un conjunto de cosas que, en reposo, configuran una colección de objetos, un mundo de signos del que se infieren diversos significados y lecturas sobre el uso del espacio y la cultura material.

La metáfora de descompactar el espacio de la casa que da origen a los cuartos útiles esconde profundos significados, sobre todo si se piensa que ella condensa la idea rectora de reformular la manera en que tradicionalmente hemos

establecido los vínculos con las cosas de la casa. Ello supone que estos espacios activan una relectura de los hábitos, una noción diferente del útil doméstico en función de su cercanía o lejanía, una revaloración de la solidez del espacio, unas temporalidades específicas en las que se establecen y rompen vínculos con ciertos objetos y, por tanto, una reconfiguración de emociones que se instauran con las cosas. En definitiva, una manera diferente de apropiarse del espacio que desborda los límites de la casa y que encuentra en un tipo de habitación específica un lugar dispuesto exclusivamente para el almacenaje. En este sentido, la manera de guardar las cosas será determinante para diferenciar la casa del apartamento. Así, mientras en la casa los objetos son protagonistas a la hora de establecer la relación con el lugar, y de allí que sugieran una vida calculada para llenarlas, en el apartamento este proceso vital para el habitar es imposible de llevar a cabo por el peso de la estandarización del espacio que solo permite el uso de ciertas cosas, también estandarizadas. Sobre este aspecto recae la crítica de Ingold cuando menciona que, en lugar de imaginarnos como participantes activos de nuestros modos de creación del espacio, nos convertimos en pasivos observadores que se adaptan dócilmente a lugares prefabricados (2011).

Ya se entiende por qué cualquier cosa de uso que no se circunscriba a los rígidos moldes del habitar de hoy, debe hallar su lugar en una habitación que ha sido descompactada del centro del hogar, una casilla monofuncional periférica dotada con los mínimos servicios que se activa exclusivamente en función del bodegaje y la acumulación. Parte de la lógica de funcionamiento de estos espacios descompactados es presentada por Monteys cuando dice que si el modo de habitar influye en la forma de la casa y en la autonomía de sus piezas, ahora es el bloque –que tradicionalmente se ha concebido como agregación de viviendas- el que puede repensarse a partir de la lógica interna de éstas, establecida por su vinculación con el individuo o con las relaciones entre ellos. Son ellos los que determinan la forma, la extensión y el grado de dispersión de las piezas de la casa. Ellos son la casa (2003).

En relación al surgimiento de los cuartos útiles en los hábitats contemporáneos, es imposible dejar de mencionar otros factores igualmente determinantes. De un lado está el tema de la reducción progresiva del hábitat, en lo que se puede considerarse como el cambio de la casa al apartamento. De otro, la proliferación y acumulación de objetos que garantiza a la sociedad de consumo una mayor adquisitividad y un consumo ostentatorio que vincula la condición social con la posesión de objetos.

Aun cuando entre la casa y el apartamento se conserve el mismo aire escenográfico, es claro que este último borra de un plumazo la idea romántica de que los objetos son la imagen de la casa misma. Relevantes son los ejemplos que el mismo Monteyts presenta sobre este asunto cuando apela a describir el protagonismo que tuvieron los objetos de uso en la configuración de las casas del crítico de arte Mario Praz y la del arquitecto John Soane. En este sentido, ambos ejemplos exaltan que, si bien si bien las casas estaban llenas de objetos, nunca fueron terminadas, pues la casa supone una condición única y es la de presentarse como una entidad viva que se transforma de acuerdo con las necesidades e inquietudes de los ocupantes y, en ese proceso, los ocupantes también terminan siendo transformados por la casa. Lo anterior queda sintetizado en el aforismo de Juan Ramón Jiménez cuando dice que nuestras casas saben bien lo que somos.

256

Frente a la estrechez del espacio de los apartamentos y (en lo que podría considerarse un cambio sustancial del estilo de vida moderna), queda en evidencia un problema cualitativo que camina en ruta contraria a un problema cuantitativo del habitar: el de dónde guardar las cosas en un hábitat donde prevalece la contracción subjetiva a causa de la limitación del espacio. La modificación en la estructura espacial del apartamento implica también un drástico cambio en la manera de territorializar con las cosas, un cambio en la manera de apropiarse del espacio y de marcar en él las huellas antropológicas que logran los hábitos.

Basta volver la mirada a las ideas que Bachelard (2012) expone en *Poética del espacio*, las cuales permiten definir el protagonismo que las cosas tienen en el hábitat íntimo de la casa. Si bien la casa no puede considerarse un objeto, los objetos son en realidad parte de su estructura material y simbólica, en tanto órganos vitales que guardan lo fundamental de nuestras vidas al permitir revelar que la esencia del universo cotidiano está más allá de lo palpable. Por eso, las cosas de la casa son a la vez realidad y memoria, útil y símbolo o si se prefiere, necesidad y contingencia. En su exploración por ese mundo de imágenes primarias y proyecciones afectivas que mantenemos con los objetos, Bachelard afirma que la casa es un ser vertical, un lugar que permite recordar y desplegar la imaginación. Esta idea de armonía entre la instancia y los objetos es la que lleva a Monteys a plantear que una casa sin objetos es simplemente una escenografía arquitectónica desposeída de vida y ausente de huellas antropológicas.

No sobra mencionar que esa noción de verticalidad poco y nada tiene que ver con la disposición física del espacio. Se trata más bien de una cualidad que trasciende la noción geométrica y que da cuenta de la manera en que la casa, a diferencia del apartamento, se amplía permanentemente para albergar nuevos espacios, nuevos hábitos y nuevas cosas. En razón de esa cualidad cada habitante de la casa logra anclarla en su imaginario y le otorga una significación particular a los objetos. Así, la casa se concibe como una entidad viva que, de acuerdo con Monteys, se llena pero nunca se completa, pues hacerlo, implica su muerte inminente. La verticalidad también supone una relación diferente con el tiempo, pues mientras los habitantes de la casa van supliendo sus necesidades de a poco hasta apropiarse y transformar sustancialmente la percepción del espacio, la estandarización del apartamento estandariza también la vida doméstica impidiéndole al habitante ejercer acciones directas sobre la arquitectura.

Al tratarse de un lugar que está en permanente modificación, las cosas allí requieren que sus habitantes transformen permanentemente el espacio a fin de encontrar estrategias de almacenamiento, lo que en otras palabras significa configurar una vida doméstica para los objetos. Justamente ese despliegue de inventiva es el que hace que los convierte en la imagen de la casa misma. Con la lupa filosófica, Heidegger dirá en el *Origen de la obra de arte* (1996) que las cosas aportan a los sentidos muchas sensaciones y es por ello que se hacen cada vez más próximas.

La manera de almacenar las cosas en la casa, implica una apropiación diferente del espacio y, consecuentemente, una adopción de ciertos modelos culturales que están determinados por el funcionalismo del apartamento y la descompactación del lugar que antes ocupaba la casa. Esta introducción de nuevos modelos del hábitat activa principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones culturales que están objetivamente adaptadas a la densificación del espacio urbano. Esto supone que la arquitectura emprende una búsqueda consciente para optimizar el espacio de la vivienda y el dominio expreso de operaciones necesarias que permitan alcanzar este objetivo. Liberados de la responsabilidad que implica hallar lugares específicos para el almacenaje dentro del apartamento, los arquitectos le apuestan a encontrar una mayor versatilidad del espacio haciendo uso de lugares periféricos que escapan a los patrones de uso diario del espacio doméstico. Surge la hibridez entre la sala y el comedor, la cocina y el comedor o la habitación y el cuarto de estudio. Se entiende así que estos espacios híbridos ya no pueden albergar el conjunto de objetos que antes tenían su lugar fijo en las habitaciones diseñadas para funciones específicas y, de lograrlo, el resultado es el apiñamiento de objetos que va en contravía del paradigma funcionalista y del minimalismo imperante que le apuesta a la ligereza, tendencia dominante que ha generado una verdadera revolución material apuntalada en una revolución simbólica de lo ligero (Lipovetsky, 2016). Sí el espacio se amplía una vez se derriban

las fronteras de los muros, el objeto se desplaza, se vuelve errante, hasta el punto de perder su lugar en la casa. No solo se trata de un desplazamiento físico sino simbólico que acarrea consigo nuevos hábitos y nuevas maneras de relacionarse emocionalmente con el espacio. De igual manera, la llamada flexibilización del espacio activa marcos diferentes de interacción acorde con coordenadas espacio-objetuales que expresan determinados significados sociales que la retórica publicitaria sabe explotar a cabalidad.

Si se asume que la casa es una entidad sólida, viva y dinámica y que los objetos son la imagen misma de la casa, esta cuestión saca a flote discrepancias importantes sobre la cercanía que mantenemos las cosas. Pensar en la proximidad o lejanía de las cosas (Hall, 1978) y en la flexibilidad del espacio, implica estudiar los rasgos de la interacción y observar las posturas que el habitante adopta sobre la escala de valores afectivos y funcionales de los objetos. Este asunto de la proxémica es fundamental aquí, en tanto la arqueología ofrece un camino ventajoso para estudiar la cultura material próxima al entorno cotidiano de hoy y, por otro lado, se depara como el mejor camino que podría proponerse para el despeje de preconceptos que se dan por sentados en nuestro actuar fáctico, tal como lo es la naturalización de espacios anexos al hogar destinados exclusivamente al bodegaje de cosas.

Como se ha dicho, el uso que hacemos de nuestro espacio personal en el apartamento implica un complejo sistema de clasificación de aquellas las cosas que, cada quien considera, de acuerdo con la cercanía, más importantes y aquellas otras que se relegan a una periferia y de las cuales es difícil desprenderse, bien sea por el valor afectivo o por su funcionalidad.

A través de la proxémica se evidencian prácticas y representaciones sociales y culturales que afectan la escala de valores que el habitante mantiene con las cosas, variando sustancialmente las relaciones con el *habitus*. Es claro que,

frente a la necesidad de espacio en las ciudades, las diferentes esferas de la vida social se van reactivando. Ello implica una actualización de los hábitos a través de un proceso constante de revisión, selección y transformación de los ya existentes, así como también, un proceso de incorporación de los más nuevos.

Por consiguiente, el proceso de apropiación del espacio arquitectónico encuentra su sentido en estas dinámicas que relacionan la cultura material, entre permanencia y cambio, imitación y creación, herencia y novedad. A grandes rasgos el marco general del proyecto en donde se circunscribe el levantamiento arqueológico busca entender la poética espacial de los cuartos útiles por lo tanto no basta con enlistar los objetos allí contenidos, ni pensar en las dimensiones solas del cuarto sino vincular de alguna manera ambos, tal y como se hace la investigación arqueológica.

Reflexiones previas sobre la acumulación de objetos

Al margen de esta crítica sobre la vivienda horizontal, es de anotar la merecida atención ha tenido el tema de la acumulación de artefactos cotidianos sobre todo en el ámbito de la sociología y de la teoría del diseño. La razón obedece a que en estos campos cobra importancia realizar síntesis socioculturales en las que el objeto encuentra su significado y permite reconstruir el ambiente en el que éste se origina. Para Tocqueville (2007), la acumulación deviene de un hedonismo focalizado en pequeños goces que brinda el bienestar material respaldado en un insaciable deseo de comodidad y que se traduce en aspiración que llena las mentes. Lipovetsky (2007) considera que el acumular bienes de consumo es el resultado de una comercialización de la vida que, dentro de las sociedades poscapitalistas, tiene la misma importancia que los derechos humanos. En esta misma dirección apuntan las reflexiones de Baudrillard (1974), para quien la acumulación es el resultado directo de que la sociedad

de consumo apalanque las dinámicas del mercado poniendo a disposición del consumidor objetos con estilo, también llamados objetos-simulacro, esto es, originales y versiones que le permiten a las personas alcanzar lo que no pueden comprar.

Lo que interesa resaltar es la manera en que estas ideas reposan en el común denominador de cómo la cultura material no es vista ni comprendida como un fin en sí mismo, sino como un medio de satisfacción del individuo en las sociedades poscapitalistas. De allí se entiende por qué Bauman (2014) asegura que el camino de la felicidad pasa por ir de compras, pues estamos ante un consumismo rampante que propicia que todo en nuestra vida sea medido bajo los estándares del consumo. En esto es posible notar la manera en que la acumulación de cosas exalta las necesidades psicológicas y culturales sobre la idea común que relaciona la idea de riqueza con felicidad, bienestar, armonía, plenitud y sabiduría, valores exaltados insistentemente por la publicidad.

En lo que respecta a la teoría del diseño o diseño escrito como se le conoce, es relevante el aporte de Sudjic (2009) cuando define el amplio espectro de la acumulación en las siguientes palabras:

Nunca tantas personas hemos poseído tantas cosas como ahora, aun cuando hagamos cada vez menos uso de ellas. Los hogares en los que pasamos tan poco tiempo están repletos de objetos: tenemos un televisor de plasma en cada habitación, sustituyendo a los aparatos de rayos catódicos, de moda hace solo cinco años; nuestros armarios están repletos de sábanas [...] apilamos montones de zapatos en nuestros armarios; tenemos estanterías de discos compactos y cuartos llenos de videoconsolas y ordenadores; surtimos nuestros jardines de carretillas y todo tipo de aperos; poseemos aparatos de gimnasia con los que nunca hacemos ejercicio, mesas de comedor en las que nunca nos sentamos a comer y hornos de triple función en los que apenas cocinamos. Son nuestros juguetes: aspiramos a ellos con el ánimo infantil y su posesión nos consuela del permanente esfuerzo que supone obtener los ingresos necesarios para adquirirlos [...] Los integrantes de la clase media llenamos nuestras cocinas de electrodomésticos, y, mientras los compramos, soñamos con la felicidad doméstica que supuestamente van a proporcionarnos. (Sudjic, 2009, p. 9)

La cita deja entrever un panorama del amplio espectro que tiene la cultura material anclada en la vida cotidiana y los aspectos simbólicos referidos a ella. Entre líneas, puede leerse una superposición de necesidades falsas sobre las verdaderas necesidades y en esto es imposible no reconocer el eco de las ideas de Marcuse cuando al referirse al consumo y la acumulación dice que:

Los productos adoctrinan y manipulan; promueven una falsa conciencia inmune a su falsedad. Y a medida que estos productos útiles son asequibles a más individuos en más clases sociales, el adoctrinamiento que llevan a cabo deja de ser publicidad; se convierten en modo de vida [...] Así surge el modelo de pensamiento y conducta unidimensional en que las ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido del discurso y la acción, son rechazados o reducidos a los términos de este universo. (Marcuse, 1968, p. 42)

El tema es inabarcable en este escrito, sobre todo por la forma parcelada en que las distintas ciencias sociales acentúan su interés en la cultura material. Sabido es que, por ejemplo, la historia, la historia del diseño y la arqueología entre otras, priman los aspectos materiales (dimensiones, formas, materia y medios de fabricación), mientras que en la psicología o la sociología prevalecen los aspectos meramente simbólicos que no exigen el conocimiento preciso de la materialidad, llegando incluso a prescindir de la presencia efectiva del objeto.

262

Por eso, más que focalizar una crítica sociológica que recaiga directamente en la acumulación, interesa resaltar la manera en que el consumo de objetos se materializa en vivencias temporales y espaciales que se reflejan en espacios segregados de la vivienda, así como también, en estrategias encargadas de estructurar la posición social, reflejar la experiencia emocional que el habitante mantiene con los objetos de uso y revelar el aporte creativo del hombre concreto toda vez que saca el mejor provecho de estos espacios.

Ahora bien, pensar en estas relaciones requiere restaurar puentes sobre la base de estas dos hipótesis:

La primera, que las actuaciones arqueológicas pueden efectuarse en escenarios distintos al subsuelo, pues la noción de cultura material viene ampliando sus horizontes epistemológicos adaptándose a una coyuntura científica mutable gracias a su fundamento heurístico (Bucaile, 1989).

La segunda, que el consumidor es un agente activo para el que los objetos de uso hacen las veces de mediadores en el desarrollo de las principales actividades realizadas dentro de la casa como, por ejemplo, comer, cocinar, dormir, sentarse, leer o estudiar, pero que existen dinámicas periféricas del hogar, igualmente importantes, que implican conocimientos particulares, reafirman rasgos propios y permiten establecer marcajes antropológicos en el espacio.

Se debe agregar que la selección de objetos crea una permanencia en la vida íntima de las personas y que la acumulación representa el ser endógeno del propietario. El carácter espacial de la existencia humana depende en gran medida de la experiencia emocional que se mantengan con los objetos de uso. En este sentido vale destacar el aporte que Donald Norman hace en *El diseño emocional: por qué nos gustan o no los objetos cotidianos*

[...] Los objetos más apreciados por alguien pueden ser perfectamente baratijas, muebles aventajados o fotografías y libros, a menudo en mal estado, sucios o descoloridos. Un objeto favorito es un símbolo que establece un marco positivo de referencia mental, un momento de recuerdos gratos o a veces una expresión de la propia identidad. Y este objeto, a su vez, guarda una historia, una remembranza, un recuerdo y algo que personalmente nos une con este objeto en particular, con esta cosa en particular. (Norman, 2009, p. 21)

Al ser inseparables del mundo de los signos y de las situaciones, los objetos son portadores de mensajes, leyes, usos, acciones que se agrupan en una cultura material, un entorno artificial sin el que es impensable la noción expandida de *cultura*. Como lo ha demostrado Appadurai (1986), los objetos están en

el entramado de una compleja forma social de la que es posible distinguir por un lado su conocimiento técnico, estético, cultural o social y, por otro, el conocimiento que interviene en el consumo de los objetos. Justamente, ese entramado que refleja cuestiones personales, familiares y sociales y que reposan en los cuartos útiles es el que interesa analizar aquí.

Metodología y procedimientos

La metodología propuesta en esta investigación sigue un abordaje cualitativo de carácter interpretativo, complementado con una investigación cuantitativa. Los procedimientos adoptados poseen características de investigación etnográfica y arqueológica en tanto se realizan levantamientos en diez cuartos útiles de la ciudad de Medellín, en hogares comprendidos entre los estratos tres, cuatro y cinco. La selección corresponde a un proceso netamente empírico, que parte del hecho de que los cuartos útiles son un valor agregado de las viviendas nuevas regidas por un reglamento de propiedad horizontal y con una matrícula inmobiliaria independiente. La franja de estudio excluye apartamentos de estrato seis que supone construcciones de lujo, así como también los llamados tugurios verticales con los que se pretende ampliar la gentrificación en la ciudad. De igual manera, se estudiaron dos cuartos con características especiales, uno de ellos localizado como apéndice de una casa rural y el otro como anexo de una casa antigua.

La investigación arqueológica es parte fundamental en el proceso de investigación, pues permite identificar que, más allá de un inventario de objetos en reposo, es posible hacer un ejercicio arqueológico bajo el principio de la estratigrafía utilizando tanto el plano vertical y el horizontal como generalmente se hace cualquier levantamiento con variaciones importantes como se verá a continuación. Por eso, es necesario resaltar el carácter experimental de la investigación que acoge el principio estratigráfico expuesto por Wheeler (1961);

Perinetti (1975); Renfrew y Bahn (2007). Dicho principio sostiene que el paso del tiempo puede ser entendido a través de lectura de unidades autocontenidas denominadas estratos, que se superponen los unos con los otros a través del tiempo. Como se puede apreciar en la figura 1, los estratos identificados en los cuartos útiles se pueden diferenciar unos de otros por las variaciones de color, material y contenido (Wheeler, 1961), dándonos la posibilidad de construir una gran variedad de clasificaciones tipológicas, y en esta medida hablar de unidades que se superponen. No obstante, su posición espacial en cualquiera de los dos ejes poco habla de la temporalidad del sitio, pues el elemento que prima en la distribución y ordenamiento de los cuartos es el de la ergonomía. El cuarto útil no es una unidad cerrada, y aunque lento, tiene una tasa de transformación mucho mayor a la de los procesos post-deposicionales en los sitios arqueológicos.

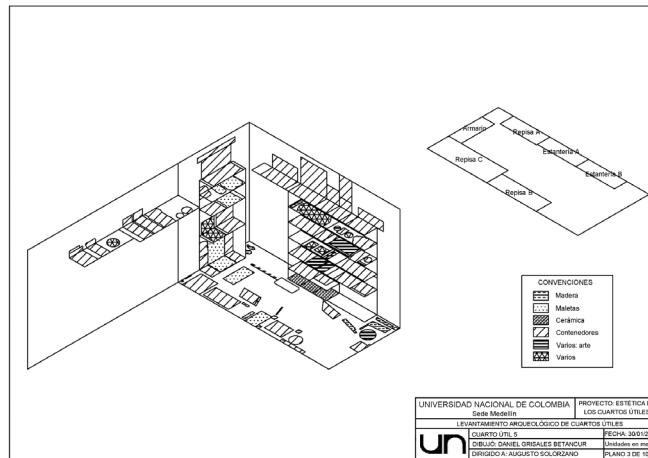


Figura 1. Cuarto útil número 5.

La posibilidad de creación de dichas tipologías nos permitirá en teoría valernos del principio de asociación (Perinetti, 1975) que, por un lado, relaciona los diferentes vestigios arqueológicos y, por el otro, permite vincularlos con hechos sociales específicos.

Dentro de las formas de asociación derivadas de dicho principio se encuentran la forma tipológica con la cual el arqueólogo controla en el campo la cantidad de materiales que surgen de una excavación, los atributos superficiales (que incluyen la decoración y el color), los atributos formales (las dimensiones y la propia forma) y, por último, los atributos tecnológicos, que hacen referencia a la materia prima original (Renfrew & Bahn, 2007). Los atributos superficiales son lo que salta a la vista del arqueólogo cuando se encuentra frente a un contexto. Son las características propias del objeto y no están mediadas aún por la interpretación pues las medidas de gradación de color y las unidades de medida están estandarizadas. En el caso de los cuartos, desaparece la meticulosidad característica del trabajo de excavación, en donde es fundamental encontrar el elemento diagnóstico que permita la asociación entre un posible nuevo contexto y uno ya existente, pues es claro que los objetos están en su mayoría enteros, accesibles y son fácilmente diferenciables para el arqueólogo.

266

Luego de tener un panorama de objetos organizados a partir de sus características formales, el siguiente paso es entender los términos funcionales de los objetos. El carácter funcional a menudo puede destruir la tipología inicial y trastocar el panorama arqueológico establecido por la tipología, pues ocurre que elementos formalmente similares tienen funciones distintas o viceversa.

La diversidad de objetos dentro de un cuarto útil es gigantesca si se tiene en cuenta lo que en un espacio de proporciones similares en una excavación

arqueológica ordinaria se encontraría. Durante la fase de campo se constató que la variabilidad de objetos va desde viejos instrumentos odontológicos hasta bicicletas en perfecto estado y forma, hecho que obliga a consolidar en una misma unidad, estratos basados en características funcionales y tipológicas al tiempo.

Esto se debe a que los objetos contenidos en un cuarto útil hacen parte de un conjunto singular que es la unidad del cuarto propiamente dicha, por tal motivo son definidos como parte de uno u otro estrato dependiendo de los demás elementos que a su lado coexisten. Una bicicleta puede ser un medio de transporte, sus partes por separado estructuran tipologías en función de sus características formales o, en el caso tal de que solo hubiese un sillín, éste se agruparía en la categoría 'varios' con otros elementos que no pertenecen a ningún grupo.

'Varios' es constante en los cuartos y da lugar a un grupo de objetos que son únicos en relación a las tipologías dispuestas, pero que de seguro podrían estar en otros grupos y en otros cuartos. Este hecho singular muestra la ausencia de una suerte de categoría natural para todos los grupos de objetos contenidos en el cuarto y por tanto la artificialidad de la clasificación, o más bien, el grado en que el investigador orienta su praxis ante un problema desconocido.

Esta suerte de dificultad, en donde objetos de diversa factura y tipo coexisten dominante o marginalmente en los cuartos útiles sin hacer efectivo un valor de cambio que pueda genera plusvalía, o un valor de uso inmediato para sus dueños, es superada cuando se entiende el papel que ocupan dichos objetos en el ciclo de producción y consumo de las sociedades post-capitalistas. Los objetos contenidos en tales unidades parecen estar suspendidas en un sub-nivel, entre el uso y el desecho. Apelando a la riqueza estética y de sentido que permite expresar la metáfora y al hecho de que es una facultad humana

que permite entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra (Lakoff & Johnson, 1995), este sub-nivel puede ser analizado, comprendido y explicado apelando al carácter transitorio que se puede plegar en la metáfora del purgatorio, pues a fin de cuentas, los objetos guardados en los cuartos útiles están sometidos a ese estado transitorio entre el uso y el desuso, entre la purificación y la expiación.

En lo que respecta a la forma en que se tomaron y sintetizaron los datos, se replicó lo mejor posible la manera en la cual se dibujan los perfiles de las excavaciones arqueológicas a fin de plasmar las dimensiones de los objetos y su posición en el espacio. Al no tener control vertical y no acceder a los objetos desde arriba como se hace en una excavación arqueológica tradicional, se realizó un solo plano en tres dimensiones en donde se dibujaron las superficies de contacto con las paredes y piso de cada cuarto, manteniendo la posibilidad de prolongar las líneas de contorno de las figuras en caso de quererse contener el volumen de los objetos. Se usaron además líneas fantasma buscando con esto mantener la mayor visual de los objetos que en los contextos se encontraban.

Las fichas técnicas que describen los cuartos, a su vez mantienen la forma de la estratigrafía. En algunas oportunidades encontramos repisas, estanterías y escaparates, los cuales facilitaban la posición vertical de los objetos en el espacio. En las fichas se mantuvo dicho orden. Haciendo uso de Excel, se asignó al objeto particular una celda entre las filas de tipologías y las columnas que señalan la posición estratigráfica. Cajas, bolsas, baldes y otros contenedores ocupaban gran parte de los espacios y protegían otros objetos. En la medida de lo posible se examinaron con detenimiento, pero en ocasiones se revisaron superficialmente. La razón obedece a que los cuartos útiles tienen dueño y es él quien dispone de un orden específico que obedece a la necesidad o frecuencia con las cuales usa los objetos allí depositados. Adicionalmente, es menester señalar que hay contenedores destinados a guardar objetos privados, pues aun

cuando se resalte el derecho natural de la abundancia propio de la sociedad de consumo, persiste una fuerza sublimadora que hace que los objetos creen un campo homogéneo de lo privado e inobservable al ojo público.

Presentación de los cuartos útiles

Generalmente, el sentido común asocia este espacio con el cuarto del desorden, el agujero debajo las escaleras, o en general a cualquier espacio de bodegaje. Esto se debe a la característica marginal que se le confiere a los objetos una vez se aíslan de la vivienda y se convierte en bodega de lo que carece de lugar. Una vez que los objetos son depositados allí, salvo contados elementos como herramientas, bicicletas y ornamentación festiva serán raramente usados.

En el estudio se dio prioridad a los sitios de fácil acceso y fácil registro. Con excepción del cuarto útil número 6 cuyas características formales eran atípicas dada su tipología. En los demás, la metodología de registro pudo ser aplicada con soltura. De esta manera se visitaron 12 cuartos útiles, con la posibilidad de realizar el levantamiento arqueológico en 10 de estos¹.

De los diez cuartos útiles inspeccionados, ocho están asociados a unidades residenciales, generalmente edificios ubicados en zonas de clase media alta, ubicados en el área urbana del municipio de Medellín en los sectores de la América (4), Belén (2) y El Poblado (2). Los dos restantes, como caso excepcional, se ubicaron en el corregimiento de San Antonio de Prado, uno en una casa semi-rural y otro en uno de las casas del trazado original del pueblo.

¹ De los dos cuartos restantes el registro del número 2 fue imposible de ser completado, mientras que debido a problemas técnicos, las fotografías del número 3 fueron eliminadas y no fue posible su recuperación. Otros espacios también nos fueron ofrecidos, sin embargo su registro no fue posible; este es el caso, de un espacio debajo unas escalas que no medía más de un metro de algo y cuyo contenido eran los restos de las múltiples reformas de una casa en el sector de La América.

El tamaño de los cuartos varía, siendo el más pequeño el cuarto útil número 11 con un volumen de 1,93 m³ y un área de apenas 0,92 m². El cuarto útil más grande fue el número 5 con un volumen y un área de 15,66 m³ y 6,12 m² respectivamente. El promedio de estos espacios oscila entre dos y cuatro metros cuadrados conforme lo menciona un breve artículo del periódico *El Colombiano* (2011).

Si bien solo en el caso de los cuartos 11 y 12 se tuvo la oportunidad de observar el interior de más de un cuarto en la misma propiedad residencial, se puede pensar que las proporciones entre cuartos de una misma unidad pueden variar. En el caso ya citado, ambos cuartos tienen medidas casi que idénticas; sin embargo, un cuarto útil ubicado al frente era notoriamente más espacioso, de lo cual es posible deducir la manera en que el área de un cuarto útil se convierte en criterio persuasivo a la hora de adquirir un inmueble. Como lo señala Escalante:

[...] La publicidad para venta de vivienda es una gran base de información sobre los imaginarios que tenemos sobre una unidad cerrada o una vivienda y sobre las tendencias de nuevos espacios que se van configurando en estas, porque lo que se ofrece parte de la base del conocimiento del perfil del comprador, pero también se da que porque un grupo de decisión ofrece un producto en un proceso de persuasión con el objetivo de crear nuevos nichos de mercado y construir la necesidad de obtener éste o aquel producto o de vivir de una manera o de otra. (Escalante, 2006, p. 78)

270

El cuarto útil número 9 debido a su construcción en torno a una columna tiene forma de 'L', lo que lo hace diferente de los demás cuartos examinados que tienen forma rectangular. Teniendo en cuenta que la distribución de columnas obedece a factores estructurales, no es descabellado pensar que el espacio designado para los cuartos útiles es el espacio sobrante que se logra optimizar. Otra manera de expresarlo es que su construcción es marginal, y es evidente que para la arquitectura ha existido un claro interés por teorizar, de manera exclusiva, sobre los contenidos poéticos de los lugares habitados.

Los cuartos útiles fuera del área metropolitana no son similares entre ellos, sin embargo, comparten una diferencia fundamental frente a los cuartos metropolitanos: no están asociados a edificios de apartamentos.

El cuarto útil número 6 pertenece a una casona bastante antigua de dos pisos, hecha de tapia. Dicho cuarto se ubica bajo el voladizo del techo: es el espacio comprendido entre el muro exterior de la casona y su casa vecina, encerrado por una pared en cuya parte inferior se encuentra la puerta de acceso. Sus dimensiones son únicas, es el cuarto útil más angosto con 86 cm de ancho, más largo con 4,7 m y más alto, 4,38 en su parte posterior. Tiene un área de 4,04 m² y un volumen de 17,7 m³.

Las condiciones del espacio hacen posible el ingreso de la luz solar, una ventana en el fondo del cuarto sugiere que en algún momento fue un espacio abierto, probablemente antes de la construcción de la casa de al lado cuya factura es más reciente. Sin embargo, estas características vestigiales no hacen el espacio más habitable, el hecho de que tampoco tenga ninguna conexión eléctrica sumada con la posibilidad de que por los mismos espacios que se filtra la luz solar también puedan penetrar otros agentes del clima, evidencia el carácter marginal de este espacio en relación a la vivienda.

Además de estas particulares dimensiones, los objetos depositados allí son únicos. El cuarto está cubierto en su totalidad por todo tipo de materiales para el mantenimiento de la casa: tejas grandes y pequeñas, restos de madera, varillas, tubos, adobes, tablones, canaletas y tres grandes escaleras. La cantidad de elementos es tal y su distribución tan desordenada que es difícil el movimiento en su interior. Ni hablar de su registro.

Ningún otro cuarto presentó en tal cantidad elementos relacionados con el mantenimiento de la vivienda. Un par de escaleras, algunas baldosas y restos

de estas, son elementos que podemos mencionar de los demás cuartos en su totalidad, pero nada a esta escala. Este cuarto pareciese no tener nada en común con los demás. Esto se debe a que, lo que define al cuarto útil no es tanto el tipo de objetos que se guardan, sino la forma en que éstos ocupan el espacio.

El cuarto útil número 7 se encuentra en una propiedad con una amplia zona verde. Se asemeja a un cobertizo, a la vez que comparte con los cuartos metropolitanos el estar aledaño a la zona de parqueo. El techo de este cuarto útil es de fibrocemento², a un agua, con un ángulo de 8° y una pendiente del 14%. Es el cuarto con la mayor área 7,85 m² y segundo en volumen con 15,159 m³. Carece de iluminación natural, y aunque el espacio es amplio y pudiese ser habitado como un estudio, o un taller no existe ninguna evidencia de este tipo de actividad. Por eso, y a pesar de que la localización es notablemente diferente, el cuarto útil y su contenido no parecen diferir significativamente de los cuartos metropolitanos: un espacio marginal que le imprime a los objetos que allí residen esta característica.

Resultados de la investigación

272

Los resultados de las investigaciones arqueológicas suelen ser presentadas como una larga lista de tablas y gráficas en las que a través de métodos estadísticos -en algunas ocasiones rudimentarios- se describen las cantidades y se trata de realizar asociaciones culturales mediante el uso de analogías en el registro.

La veracidad y factibilidad de los postulados arqueológicos son afectadas no solo por lo accesible del registro sino también por la imaginación y disciplina del arqueólogo, herramientas que le permiten alejarse de la mera comparación vulgar asiéndose firmemente a la rigurosidad científica.

² Lo que coloquialmente se llama *eternit* por ser esta la marca más conocida.

Si los resultados fueran tablas e inventarios, más que un análisis sociológico-arqueológico estaríamos presentando un estudio de mercadeo, en el cual a través de las listas detalladas de los objetos generaríamos un perfil de consumidor.

Claro es que el experto en *marketing* no elegiría como fuente primaria de información los objetos contenidos en los cuartos útiles por la serie de razones que se han enunciado con anterioridad, pero no sobra mencionar la importancia de entender la tosquedad de extrapolar una metodología cualquiera que esta sea de un contexto a otro. Los objetos son objetos, pero su relación no siempre es la misma. Suponer que se puede siempre leer de la misma manera es un error bastante generalizado y a la vez nocivo en todas las ciencias sociales.

La lectura de la sociedad contemporánea es compleja a su manera: los investigadores están inmersos en ella, son parte activa de esta no solo como investigadores sino como ciudadanos y consumidores. De esta manera el investigador piensa a través de lo que le es inmediato, pues conceptualiza en los términos de la sociedad en que vive.

Esto se ve reflejado en la difícil tarea de asignar categorías a los objetos. En un apartado anterior, mencionamos cómo la asignación de categorías era una labor fundamental en las investigaciones arqueológicas y que estas se iban refinando pasando de una descripción formal a una descripción funcional. Sin embargo, dado que la mayoría de las características tanto formales como funcionales son inmediatas para el investigador, la agrupación bajo etiquetas se vuelve más confusa.

Un libro es un objeto compuesto de papel, que es diferente a una revista o a un álbum, pero a la vez un libro de Kierkegaard es radicalmente distinto a uno de Coelho. Formalmente, un taco de VHS es distinto a un libro, pero si consideramos que su función es el entretenimiento, es más cercano a este que

a cualquier elemento hecho del mismo tipo de material. Elementos que son singulares en un cuarto podrían fácilmente hacer parte de un grupo en otro y viceversa.

En la tabla 1 se ilustra la distribución de categorías de una forma detallada, la cual es una de las muchas posibilidades de elección de características diagnósticas en un acercamiento tan general.

La lectura de la tabla permite evidenciar características del grupo de los cuartos en general, con excepción del número 3. Es notorio el hecho de que la única categoría que se encuentre en todos los cuartos es la de varios que, como ya dijimos, aglutina los elementos que no poseen ninguna relación con los demás dentro del cuarto. También salta a la vista la presencia de categorías existentes en tan solo uno de los cuartos, tal y como tela, navidad o plástico, lo cual no indica que no existan objetos de este tipo en otros cuartos más bien que solo en estos eran lo suficientemente numerosos, o que no estaban contenidos en cajas o bolsas

	CU1	CU4	CU5	CU6	CU7	CU8	CU9	CU10	CU11	CU12
Aparatos eléctricos							■	■		
Cerámica			■	■						
Cocina						■				
Contenedores	■		■		■	■	■	■		■
Contenedores: Bolsas							■	■		
Contenedores: Cajas							■	■		■
Documentos					■					
Herramientas	■				■	■				
Madera		■	■	■	■	■	■	■		
Maletas	■		■		■	■				
Metal								■	■	
Navidad						■				
Plástico							■			
Porcelana										■
Varios	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
Varios: Arte		■	■							
Tela								■		
Transporte		■			■			■		

Figura 2. Categorías de los objetos encontrados.

Se puede objetar que esta pesquisa no se circunscribe a una investigación completamente arqueológica o que las categorías no son lo suficientemente rigurosas. Ambas objeciones son ciertas, pero no afectan el propósito ni el alcance de nuestros hallazgos. De hecho, se asume que este ejercicio apunta a lo que las ciencias humanas y sociales catalogan como conocimiento situado, base ineludible desde la cual se piensa, se vive y se actúa en la investigación. Desde esta perspectiva se asume que el problema está en constante mutabilidad y que su trasfondo varía de acuerdo con factores como tiempo y lugar, más aún, a partir de cambios en la naturaleza material y simbólica.

En una investigación arqueológica los restos materiales son clasificados, ordenados y analizados con detenimiento durante la fase de laboratorio. El equipo de trabajo no pudo disponer de los objetos de esta manera ni tampoco consideramos que haya sido necesario para el desarrollo de la investigación. Como ya se mencionó los objetos fueron listados en fichas de Excel donde se trató además de mantener las relaciones espaciales, para consultar -si fuese necesario- la posición de un objeto específico en el estrato al que pertenece.

Respecto a las categorías, la presencia de la llamada 'varios', es diagnóstica en tanto señala la imposibilidad e inutilidad de una categoría carente de concepto. Bien pudieron haber sido los objetos clasificados por tamaño, por forma, o por haber sido *pintados con un pincel de pelos de camello* y el fenómeno seguiría siendo el mismo, pues los objetos no están al margen de la sociedad que los produce.

Esto no quiere decir, por ejemplo, que el estudio de la cerámica sea un ejercicio infructuoso, todo lo contrario, es provechoso pues la reconstrucción de las características formales de los objetos ayuda a establecer relaciones con modos y formas de vida. Si el propósito fuera, por el contrario, el perfeccionamiento de las categorías, el mero afán de clasificación y el nombramiento vacío, la

arqueología no podría decir nada sobre la historia, y recaería incómodamente en su vieja faceta de coleccionismo que tanto interesó a los anticuarios y entusiastas de la arqueología desde el siglo XVIII (Daniel, 1986).

Imaginar por un momento que el cuarto útil número 3 perteneciera al pasado y que las ruinas del cuarto fueron halladas, revelaría cómo varían las relaciones sociales de acuerdo al periodo, así como las necesidades respecto al objeto. Las preguntas formuladas hoy, partirían de la relación que este espacio inanimado tendría con una colección de objetos manufacturados que no guardan relación entre sí, por la inactividad y por el desuso. Los cuartos útiles cobran sentido en tanto se les estudie como unidades concretas relacionadas con el sistema orgánico del habitar, más allá de cómo llamemos a cada uno de los objetos de la colección o de los límites clasificatorios que se les impongan.

Conclusiones

En concordancia con las ideas que Gadamer tiene acerca del replanteamiento cognitivo y la transformación de las distintas ciencias humanas, es importante reconocer el cambio constante que en ellas se presenta, gracias a las diferentes tendencias investigadoras que le apuestan a forjar nuevos conocimientos (1988). El hecho de que los cuartos útiles permitan trazar puentes entre la arqueología y la sociología es un indicativo de cómo las cosas pertenecientes a una cultura material son remisiones simbólicas que estructuran *la ocupación*.

Así, plantear una arqueología de los cuartos útiles es una apuesta por mostrar la forma en que el hombre contemporáneo puede ser entendido más que por los objetos que posee, por el espacio que produce y sobre todo, por la manera en que lo produce. Esto implica una inminente ampliación del horizonte comprensivo de la arqueología que sitúa a tono la dimensión social de la cultura material con la producción espacial y simbólica.

Y es que en definitiva, entender a cabalidad las dinámicas de cercanía y lejanía que el habitante mantiene con los objetos en los apartamentos, permite una mayor comprensión de estos nuevos *habitus*. Por eso, frente a un paradigma de la acumulación que camina en contravía del reduccionismo del hábitat del hogar, aparecen estos espacios aparentemente banales que ofrecen dimensiones significativas para el accionar arqueológico en tanto no conoce límites de documentación en el espacio y en el tiempo. Trabajar en la arqueología de comunidad lingüísticamente viva implica ahondar en el entendimiento espacial de la misma y ello incluye comprender el aspecto visible del espacio, es decir, la forma, la función que realiza el hombre concreto, la estructura como entramado de relaciones y, por supuesto, el proceso de apropiación del espacio como una acción continua en el tiempo. Todo lo anterior es una reivindicación de la sociofísica de lugares marginales que aun cuando son trascendentales para el habitar humano, su estudio es un terreno inexplorado. Queda por explorar detalles inusitados de esa cultura material circundante que no encuentra del todo su lugar dentro del espacio de la casa, pero que tampoco lo pierde totalmente. De igual manera, la tensión entre el centro periférico de la vivienda y la periferia marginal que lo envuelve, así como el conjunto de prácticas cotidianas que allí se desarrollan. La idea de establecer puentes de sentido que unan realmente la objetualidad y la espacialidad requiere de experimentos de este tipo que, cuestionando las bases epistemológicas disciplinares, posibiliten ampliar la discusión sobre el estatus del objeto y del espacio y llevarla a un plano discursivo más amplio. De allí se entiende la necesidad de poner en diálogo la perspectiva diseñística, arquitectónica y arqueológica, pues solo así es posible orientar propósitos que exploran nuevas posibilidades que entran perspectivas críticas.

Referencias

- Appadurai, A. (1986). *The social of things: Commodities in cultural perspective*. Cambridge: Cambridge Press.
- Bachelard, G. (2002). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Baudrillard, J. (1974). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo: sus mitos, sus estructuras*. México: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2014). *La riqueza de unos pocos no beneficia todos*. Barcelona: Paidós.
- Bucaile, R. & Pesez, J.M. (2002). *Cultura Material*. En: Enciclopedia Einaudi. Lisboa, IN-CM. Vol 16. pp. 11-47.
- Daniel, G. (1986). *Historia de la arqueología de los anticuarios a V. Gordon Childe*. Madrid: Alianza.
- Escalante, M. (2006). *Del discurso de la vivienda al espacio de residencia. El caso de vivienda en altura sistema constructivo de cajón*. Recuperado de http://www.bdigital.unal.edu.co/4659/1/43550290._2006_1.pdf
- Gadamer, H.G. (2008). *El giro hermenéutico*. Madrid: Cátedra.
- Hall, E.T. (1978). *Más allá de la cultura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Heidegger, M. (1996). Origen de la obra de arte. En: *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza.
- Ingold, T. (2012). *Ambientes para la vida*. Montevideo: Ediciones Trilce.

Lakoff, G. & Johnson, M. (1995). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica*: Barcelona: Anagrama.

Lipovetsky, G. (2016). *De la ligereza: Hacia una civilización de lo ligero*: Barcelona: Anagrama.

Marcuse, H. (1968). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Seix Barral.

Monteys, X. (2001). *Casa Collage. Un ensayo sobre la arquitectura de la casa*. Barcelona: Gustavo Gili.

Norman, D. (2009). *Diseño emocional: por qué nos gustan o no los objetos cotidianos*. Paidós: Barcelona.

Perinetti, F. (1975). *Introducción a la arqueología*. Barcelona: Editorial Labor S.A.

Ragone, G. (1988). Case piccole e grandicittà. *Rassegna*, 35.

Renfrew, C. & Bahn, P. (2007). *Arqueología: Teorías, Métodos y Práctica*. Madrid: Akal.

Sudjic, D. (2009). *El lenguaje de las cosas*. Madrid: Turner publicaciones.

Tocqueville, A. (2007). *La democracia en América*. Madrid: Akal.

Wheeler, M. (1961). *Arqueología de campo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Cómo citar este artículo: Solórzano, A. & Grisales, D. (2017). Arqueología de los cuartos útiles: espacios interiores y artefactos cotidianos. *Revista Kepes*, 15, 251-280. DOI: 10.17151/kepes.2017.14.15.10